



Hugh Ferriss, La atracción de la ciudad.

¿Es el hombre realmente sujeto u objeto de la moderna ciudad? –se pregunta el arquitecto–. La ciudad ha sido construida a imagen del hombre, o más bien el hombre está sujeto a través de las condiciones urbanas a una sutil transformación cuyas consecuencias ni siquiera se pueden preveer?

La nueva relación del hombre con la ciudad es la del habitante de la ciudad que se pierde en la lejanía de sus calles nocturnas y el del espectador que contempla la ciudad desde la posición de la distancia. La ciudad es un espacio inmediato que determina la realidad de su vida. La ciudad es un paisaje y un escenario, algo que se encuentra en el límite de lo real y lo imaginario.

La significación del hombre, en su calidad de habitante de la ciudad, es la de lo minúsculo y degradado, es decir, propiamente de lo que carece de significado. Su realidad es reducida a la de un objeto, una partícula, una apariencia, algo desprovisto de realidad. No alberga ya este individuo humano ninguna autonomía, ninguna dignidad propia, ningún poder que le permitiera competir con la realidad de la ciudad magnificente. «¿Son estos seres minúsculos realmente conscientes de la situación? –se pregunta el arquitecto–. ¿Y estas masas de torres han sido acaso rescatadas de alguna manera maravillosa por tales hormigas? ¿O, más bien, estas masas de acero y vidrio son la escarnación de cierta fuerza ciega y mecánica que se ha impuesto por sí misma, como pensada desde el exterior para esta humanidad sin consuelo?» El arquitecto contempla el universo urbano como una realidad acabada, producida por una fuerza exterior al hombre, el cual ha perdido en ella su centro. En la metrópolis concebida como un universo cristalino, como un reino mineral, aquel no tiene mayor dignidad que la del de un residuo anorgánico.

Eduardo Subirats
Escritor. Enseña
actualmente en la
Universidad de
Princeton (EEUU).